II

A las dos horas se despertó Santiago.

—¿Ha marchado ya mi padre?—preguntó.

—Sí, hijo mío.

—¡Y yo que deseaba despedirle!

—Te ha dado un beso mientras dormías.

Francisca miraba á su hijo, dejando caer la costura sobre sus rodillas. Cierto que el joven recobraría pronto la salud; pero su rostro estaba muy pálido y son-

reía tristemente, él, que siempre se mostraba tan contento.

—No hables mucho—dijo Francisca—mejor sería que leyeses. ¿Quieres que te dé el libro de la señorita Aurelia?

—Gracias, mamá; prefiero la joven al libro, porque es muy divertida.

—Voy á buscarla—repuso la madre, contenta porque podía satisfacer el capricho de Santiago.

Aurelia Brigaut, bruñidora de oficio, vivía en el piso inmediato. Rubia, de carácter alegre, y bonita, veíasela reir siempre, tal vez para enseñar su blanca dentadura. Aurelia apreciaba mucho á Francisca Rosny, pero enloquecía por Santiago.

—¡Ah, si tuviese cinco ó seis años más!—decía algunas veces suspirando.

Aurelia no era una coqueta maligna, ni la echaba de virtuosa; joven de buena índole, elegía sus amores por capricho y no por interés, y por eso los cambiaba á menudo. Muy pronto entró en la habitación y acercóse al joven enfermo.

—Creo que preguntaba usted por mí—dijo á Santiago — está muy bien; es una buena idea. ¿Sabe usted lo que he hecho? He enviado á pasear á la señora Francisca; no quería, pero yo no admití excusas. Es preciso que esa mujer tome un poco el aire. ¿Por qué ha de estar siempre aquí, cuando yo permanezco al lado de usted? Vamos, este chico está muy guapo en su blanco lecho, con esos ojos... ¡oh, qué ojos!...

Y Aurelia reía de la mejor gana, menudeando sus elogios, que hacían revivir al joven.

—Cuénteme usted las historias del barrio, amiga Aurelia—la dijo.

Las tales historias eran un cuento de nunca acabar, sobre todo en lo que se refería á los amores de una pequeña modista que aparentaba ser muy virtuosa; Aurelia no podía sufrirla, porque era una mojigata; hubiera podido decir mucho de ella, pero no quería hacerla daño; mas á pesar de esto, la bruñidora se complacía en criticar cuanto era posible. Santiago se reía, y Aurelia, muy satisfecha de excitar así la hilaridad de su amigo, contemplaba con placer al valeroso muchacho, que tanto había corrido ya. Santiago, por su parte, refirió la aventura de la mañana, hablando de la visita del señor Grandier; manifestó su orgullo por haberle predicho el famoso sabio que sería un grande artista, y añadió, fijando en la joven una mirada de entusiasmo:

—¡Un artista yo! ¿Qué le parece á usted?

Aurelia tomó cierto aire coquetón.

—¿Y qué hará usted, Santiago—preguntó—cuando sea célebre?

El muchacho permaneció un momento pensativo, con la vista fija en el espacio.

—Haré buenas obras, amiga Aurelia—contestó al fin—y será una felicidad que mi pobre mamá esté orgullosa de mí. ¡Oh! trabajaré mucho, más que nadie; ya sé que la vida es dura cuando se quiere seguir la carrera de artista y falta el dinero; pero no importa,

nada me desanimará. Con frecuencia he oído lo que contaba Bersier el grabador, mi primer maestro, que me enseñó á dibujar. He aquí la opinión de Bersier: En la vida se hace lo que se quiere; los sabios han inventado una infinidad de máquinas, el vapor, la electricidad; pero la voluntad humana puede más que todo eso. ¡Juzgue usted si me faltará! ¡Es tan hermoso realizar un sueño, contemplar una masa de arcilla y pensar que tal vez se sacará de aquella tierra informe una estatua inmortal!

Y recobrando su alegría de los diez y seis años, añadió con esa risa argentina del pillete de París:

—¡No, esto sería demasiado raro! ¡Inmortal yo, hijo de Pedro Rosny, cajista de una imprenta, y de su señora esposa, modista!... ¡No se reiría poco Miguel Ángel!

Así continuaron los dos jóvenes un buen rato chanceándose inocentemente, é inventando esas palabras que sólo ocurren en la primera juventud, cuando se tiene en perspectiva una larga existencia y la esperanza es fecunda. A la bruñidora le parecía encantador, vivaz y chistoso aquel joven en quien brillaba ya vagamente la llama divina é inextinguible del genio; ella también, así como el gran médico, presagiaba en aquel hijo de artesano alguna cosa rara y particular; y en su afecto á Santiago había un poco de respeto y mucha ternura.

Pocos minutos antes de comer, Francisca volvió nerviosa é inquieta, y pasó la tarde trabajando junto á su hijo, que se durmió pronto, mecido por dulces ilusiones. Al día siguiente no se habían recibido aún noticias de Pedro, pero Francisca no se inquietaba todavía, por haberla dicho su esposo, antes de marchar, que estaría ausente lo menos dos días.

A eso de las tres se presentó un ayuda de cámara: era un criado de buena casa, muy bien vestido, y que produjo extraño efecto en aquella pobre habitación.

Llevaba dos cartas, una dirigida á Francisca Rosny, y la otra, al parecer algo pesada, á Santiago.

—¿Hay contestación?—preguntó la madre.

—No, señora.

Y como la mujer insistiese, preguntando qué significaba aquello, el ayuda de cámara contestó como hombre á quien se hubiera enseñado la lección:

—No, señora; no hay respuesta.

La carta dirigida á Francisca contenía tres billetes de mil francos; era lacónica, pero admirable por su sencillez.

«Señora:

»Soy hijo de un cerrajero: al comenzar mi carrera enfermé gravemente, y estuve á punto de perder todas mis esperanzas y mi porvenir. Un sabio ilustre vino á verme cierto día y me prestó generosamente tres mil francos, dejándolos sobre la chimenea sin que yo lo echase de ver. Es preciso transmitir á los demás lo que se recibe: permítame usted hacer por Santiago lo que hicieron por mí. No me dé usted las gracias; cuando

el joven sea mayor, me devolverá ese dinero dándolo á alguno que lo necesite á su vez.

«De usted afectísimo y respetuoso servidor,

Doctor GRANDIER.»

«P. S. De aquí á cinco días iré á buscar á Santiago y le enviaremos á una de mis posesiones de Picardía. En el campo acabará de restablecerse.»

La señora Rosny dejó caer la carta y los tres billetes de banco, y de sus ojos se deslizaron algunas lágrimas de agradecimiento, de emoción y de asombro. ¿Era una limosna el dinero? No, el hombre que hacía aquello tan sencillamente tenía un noble corazón. Auxiliaba, no sólo á unos obreros casi arruinados por el sitio, sino á un artista amenazado en su porvenir. Su pensamiento iba lejos, sin limitarse al socorro de un instante, concedido á personas pobres, apuradas por una serie de meses adversos. Aquellas desgracias, en suma, pesaban sobre todo el mundo. Pedro y Francisca saldrían del paso como los demás. El señor Grandier pensaba, con noble delicadeza, que Santiago se hallaba en aquella hora decisiva en que una tardanza no debe entorpecer el porvenir del artista naciente. El doctor era un sabio distinguido y tendía su mano generosa al gran escultor futuro.

—¡Ah! ¡todavía hay hombres generosos!—exclamó Francisca enjugando sus lágrimas.

La voz de su hijo, que la llamaba desde la habitación contigua, interrumpió sus reflexiones.

—¡Mamá, mamá!—gritaba.

Francisca, atemorizada un momento, precipitóse hacia el lecho de Santiago, exclamando:

—¡Dios mío! ¿Qué ocurre?

El muchacho tenía el rostro radiante de alegría, y sus ojos, de un azul oscuro, expresaban el entusiasmo.

—¡Mira—dijo—mira!

Y su mano temblorosa mostraba una bonita medalla militar del todo nueva, suspendida de una cinta amarilla listada de verde. Era un diploma de la Cancillería de la Legión de honor, confiriendo aquella distinción «á Santiago Rosny, por servicios excepcionales». Esta era la *noticia* prometida por el señor Grandier. Según dijera al doctor Borel, la víspera debía comer en casa de su «gran amigo»; y aún impresionado por su visita de la mañana, habló del heroísmo de Santiago como soldado, y de sus disposiciones de artista como escultor. El «gran amigo» del señor Grandier podía tener muchos defectos, pero su corazón de buen francés vibraba siempre tratándose de patriotismo. Aquel muchacho de diez y seis años que marchaba como soldado, porque el joven Bara y los voluntarios del 92 habían hecho lo mismo, le interesó profundamente por su heroicidad; poseía el raro dón de ejecutar al punto lo que se proponía hacer, y por eso la reflexión no enfriaba en él nunca el primer impulso, que es el bueno. Acto continuo llamó á uno de sus secretarios y envióle á la cancillería de la Legión de honor, donde se redactó el despacho seguidamente. He aquí cómo Santiago Rosny recibía á los diez y seis años la medalla del mé-

29932
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

rito militar, como en otro tiempo, á los catorce, el joven Durand en la trinchera de Sebastopol. Quizás también el malicioso anciano se sonrió á hurtadillas y cayóle en gracia conferir una distinción al hijo de un comunista que se batía en el ejército de Delescluze. Se llamó á la joven Aurelia, la cual besó á Santiago tanto como pudo, imitándola los vecinos, todos muy contentos y orgullosos por aquella deferencia. Sólo Pedro no disfrutaba de aquella alegría, y esto acibaraba la satisfacción de Francisca, que repetía inquieta: «¿Dónde está, cuándo volverá?» Antes de retirarse, Aurelia tuvo un capricho: sujetó la cinta amarilla y verde sobre el pecho de Santiago, y exclamó soltando la carcajada:

—¡Como no tiene uniforme, se la he cosido en la camisa!

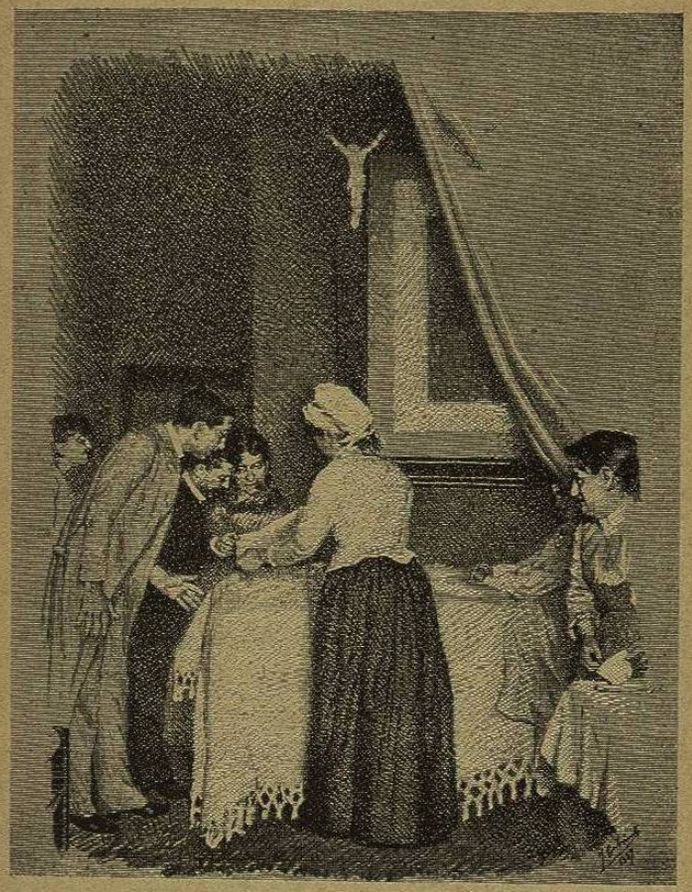
La ausencia de Pedro se prolongaba. Al día siguiente, al rayar el alba, Francisca salió para recoger noticias, y al cabo de una hora volvió muy atemorizada é inquieta: en todo París circulaba la noticia de que las fuerzas de la Comuna habían sufrido una espantosa derrota. Francisca no podía resistir más; quería saber; su inquietud la dominaba, y al punto corrió á casa de su vecina.

—Cuento con usted, Aurelia—la dijo—¿no es así?

—Seguramente, señora Rosny, ya lo sabe usted bien.

—Mientras esté en la duda no viviré tranquila. Pedro se batió ayer seguramente, y si ha sucedido una desgracia, quiero saberla cuanto antes. Tal vez esté

ausente largo tiempo. ¿Me promete usted no separarse de Santiago?



—Se lo prometo.

—Quiero decir que hará usted..... lo que yo haría.

—Esté usted tranquila señora Rosny. ¡Qué candidez, atormentarse así... y por un hombre!

—Gracias, Aurelia, gracias.

Francisca, después de estrechar nerviosamente las manos de su vecina, pusose un chal y salió, alejándose rápidamente. Sólo se detenía para pedir noticias á unos y á otros, esperando siempre averiguar algo nuevo. Así atravesó todo París hasta muy entrado el día. Por la parte de la Magdalena veía pasar batallones de federales enflaquecidos y de triste aspecto, con el uniforme desgarrado, que sin duda acababan de batirse; entonces miró ávidamente el número de la casaca, y permaneció inmóvil, como aturdida, contemplando aquellos hombres que habían escapado de la matanza, y preguntándose si Pedro habría tenido la misma suerte. Poco después llegó á la plaza de la Concordia. ¿Iría más lejos? ¿Y si entretanto pasaba su marido por otro lado? Francisca no sabía qué partido tomar, cuando de pronto pasó por delante de ella un pelotón casi á la desbandada; la pobre mujer no se engañó; aquellos hombres pertenecían al batallón de Pedro Rosny, pues acababa de ver el número. Unos veinte federales desfilaban en aquel momento, negros de pólvora y extenuados de fatiga, precediéndoles un teniente ligeramente herido. Francisca corrió á él.

—¿No volverá todo el batallón, ciudadano?—preguntó.

—¿El batallón? ¡He ahí lo que nos queda!

Y con ademán feroz mostraba aquel grupo de hombres harapientos que le seguían. Francisca estuvo á

punto de caer en tierra sin sentido, y palideció de tal modo, que el oficial comprendió ó adivinó alguna cosa.

—¿*Estaba* allí el marido de usted?—preguntó.

—Sí.

—¡Diablo! ¿Cómo *se llamaba?*

—Pedro Rosny—balbuceó Francisca, espantada al oir hablar así de su esposo en tiempo pasado.

—¿Pedro Rosny? No le conozco. Escuche usted, si quiere obtener noticias, lo más sencillo es llegar hasta Sèvres. Su marido es muerto, ó está herido, ó prisionero. No puede ser otra cosa, pues hoy han copado casi al batallón.

Así diciendo, el teniente se alejó seguido de sus hombres derrotados; mientras que Francisca permanecía inmóvil, sin voz y sin aliento. Estaba á punto de caer; apoyóse contra un árbol, y contempló cómo se alejaban, arrastrando los pies, empapados en sudor, y casi sin aliento, los federales que volvían del supremo combate. Parecíale que cada uno de aquellos hombres llevaba consigo un pedazo del que ella adoraba, de Pedro, de Pedro, muerto, herido ó prisionero. Francisca no vaciló; era preciso marchar; siempre se encuentra energía cuando se quiere.

Iba en busca de su esposo, temblando de miedo, estremecida y falta de fuerzas; pero no caería, no, era preciso resistir. Ya no necesitaba inquietarse por Santiago, que estaba fuera de peligro, y al cuidado de Aurelia. Francisca aceleró el paso, deteniéndose á intervalos algunos minutos para comer un poco, y después proseguía su marcha sin desanimarse. El tiempo co-

rría; eran ya las seis de la tarde; á las ocho cerraría la noche; debía recorrer todavía una larga etapa; y sin embargo Francisca no sentía el cansancio, pues sosteníala una sobreexcitación nerviosa. Las palabras del teniente resonaban siempre en sus oídos.

¡Pedro, muerto! ¡Imposible! La suerte no es siempre tan cruel; algunas veces sonríe; y al cabo de tantos meses de duras pruebas, justo era que le favoreciese un poco. ¡No, Pedro no habría muerto; estaría sólo herido... y no todas las heridas son mortales! ¿No había curado Santiago de un balazo que le atravesó el cuerpo? La esperanza invade pronto el espíritu, y á medida que andaba, Francisca hacía proyectos para el porvenir. Después de haber deseado mucho, aún deseaba más, y hasta rehusaba admitir que Pedro estuviese herido. ¡El ídolo de su corazón, su esposo, su amante, con una bala en el pecho, un brazo ó una pierna menos,... jamás! Si no volvía, seguramente era porque estaba prisionero. Referíase en París que los soldados de Versalles mataban á cuantos cogían; pero esto debía ser mentira, y la pobre mujer no quería creerlo así, pues Pedro aseguraba lo contrario. De todos modos, era horrible estar cautivo, y encerrado en un oscuro calabozo, y Francisca rehusó también admitir esta última hipótesis, que era la más favorable. Ni muerto, ni herido, ni prisionero; Pedro había escapado sin duda del desastre, y si no volvía era porque no podía hacerlo en aquel momento; tal vez se ocultaba en el bosque de Sèvres ó de Ville-d'Avray.

Al llegar al Sena, escapóse de sus labios un grito de horror.

¡Oh! ¡la guerra civil, hediondo caos, obra de una cólera maldita! Soldados, guardias nacionales, cazadores de á pie y artilleros estaban confundidos en la orilla, en los declives ó en el camino, con el rostro convulso, los brazos en cruz, tendidos de espalda ó boca abajo, lúgubremente amontonados unos junto á otros.

¿Porqué se habían matado aquellos seres humanos, que la muerte reunía ya en el reposo del mismo sueño? En vida habían sido enemigos, y sus cadáveres reconciliados tocábanse sin disgusto y sin odio. Algunos caballos de los furgones de artillería, ya rígidos, dejaban ver sus flacos miembros á través de la piel; á derecha é izquierda reconocíanse charcos de sangre negruzca; por doquiera la muerte, hedionda, horrible y brutal; acá y allá fusiles abandonados, sables retorcidos, cartucheras rotas y kepis llenos de lodo. Por un lado, la corriente del Sena deslizábase turbia, melancólica é indiferente, con sordo murmullo; por el otro veíanse las casas agujereadas por las balas de cañón, con las puertas y ventanas rotas. En las paredes abrían las troneras sus siniestras bocas, y á través de algunas ventanas veíanse hombres inclinados é inmóviles, semejantes á estatuas: una bala había puesto fin á su existencia, y manteníanse apoyados en la pared que sostenía sus fríos cadáveres.

Las sombras de la noche comenzaban á extenderse, cubriendo con un velo todos aquellos horrores; y Francisca vagaba en medio de tan horrible carnicería, sola,